

El Alquimista Prometeo

Prólogo

El callejón estaba desierto, solo se escuchaban unos pasos fuertes que hacían salpicar esos charcos de agua dejados por la lluvia en la tarde. Una joven corría despavorida, gritando muy fuerte, con lágrimas en los ojos. Su respiración iba acorde a sus pasos rápidos que atravesaban la oscuridad a la velocidad del rayo. Sintió que la tomaron del brazo enérgicamente y la abatieron contra el piso. Una mano fría, súbitamente con mucho salvajismo le cubrió los labios.

—Dame el oro que tengas, si quieres conservar tu vida... —escuchó la joven que le susurraban al oído. Sintió un escalofrío cuando el aliento de su agresor le rebotó en su cara. Observó que un objeto metálico apareció frente a sus ojos, que luego, el agresor colocó en su cuello.

La muchacha estaba sintiendo que sus días habían llegado a su fin mientras sentía el helado metal haciendo contacto con su cuello. Hace algunos minutos tenía unas cuantas monedas pero las había gastado en verduras, no tenía valor para decirle eso a su agresor porque temía que le propiciara muerte.

—No tengo toda la noche, jovencita, deme el oro si no quieres visitar a los dioses en estos momentos. —gruñó el agresor apretando más el metal contra el cuello de la muchacha.

— ¡Deberías ponerte con alguien de tu tamaño! —Se escuchó un grito muy cerca de ellos.

— ¿Quién está ahí? Si no quiere que esta chica muera, mejor manténgase lejos.

—Yo en tu lugar, no haría algo tan estúpido. —dijo la silueta acercándose a ellos de frente.

La joven pudo apreciar claramente como un chico de cabello dorado se acercaba a ellos. Llevaba una bata escarlata. Sus ojos eran tan dorados como su pelo, como si estuviesen hechos de un oro de buena calidad.

—Y ¿dónde está esa persona de mi tamaño? Enano, mejor deja de hablar, si no quieres que envíe a ambos al lugar de donde vinieron. —Exclamó el agresor observando la estatura del joven.

— ¡A quien llamas Tamaño de pulga imbécil! —gritó el joven enojado, a la vez que juntaba las manos, en un gesto muy parecido a un aplauso, luego se inclinó y puso sus manos en el suelo. Una luz azul, como electricidad, comenzó a brillar por el lugar. El agresor salió suspendido por los aires como si alguien lo hubiese golpeado. La chica gritó del susto después de observar el enorme puño que salió de la tierra y le rompió la quijada a aquel ladrón.

—No se preocupe, señorita, ya está a salvo. —dijo el muchacho mientras se acercaba a la joven.

Temblorosa la chica se incorporó y mirando con ternura al muchacho le dijo:

—No tengo como pagarle, joven, pero por lo menos hónreme con el honor de saber el nombre de mi salvador. — tartamudeó

— ¡No hay problema! – Dijo el joven hinchándose de orgullo. — Mi nombre es... Edward Elric.

Obertura

“No puedes obtener nada sin dar algo a cambio. Para crear cualquier cosa debes entregar algo de igual valor. Esa es la primera ley de la Alquimia conocida como el Intercambio Equivalente. En ese entonces, creíamos que esa era la única verdad del Universo”.

Capítulo 1: Una ciudad tranquila.

Edward se acercó al carruaje que esperaba por él en la acera de la callejuela. Lo abordó y se sentó con cierta brusquedad.

— ¡Hermano! ¿Qué hacías en el callejón? —Dijo una enorme armadura gris que estaba sentada frente a él. Tenía los ojos blancos y un ligero mechón blanco que salía de la parte superior de yelmo. Su voz emitía un característico eco metálico.

— ¡Baaaaaaaah! Solo estaba estirando los pies, que ya me estaba cansando de estar sentado. Primero el tren desde Central y luego este carruaje. Ya estaba sintiendo que se me adhería el trasero a este asiento.

—Ja, ja, ja. Hermano que chistoso eres.

—Alphonse, lo digo en serio... —Dijo poniendo una cara de pocos amigos.

El coche se detuvo frente a una enorme plaza llena puestos de mercaderes, pero estaban totalmente desolados, aunque no era de extrañar a esas horas de la noche. Aquel era el centro de la ciudad que los hermanos estaban visitando en busca de cierta persona.

—Hasta aquí llegamos, jóvenes. —Dijo el conductor del carruaje.

— ¡Okey!, ¡muchas gracias o-san!

Edward se lanzó del carruaje con mucho entusiasmo, mientras que Alphonse, sintiendo lo mismo que su hermano, se puso de pie súbitamente, pero al tener un tamaño tan alto, destrozó una parte del carruaje.

— ¡Ya te decía yo que no era nada bueno andar con esa enorme armadura puesta, joven! —Gritó el conductor furioso.

— Lo siento señor, No se preocupe, lo repararé ahora mismo — Alphonse tomó un crayón y comenzó a dibujar unos círculos extraños en el piso, luego colocó los trozos de madera encima y le pidió al conductor que estacionara el carruaje encima de aquel dibujo.

— ¡Estás loco muchacho!, ¿quieres jugarme una broma?, mejor busca dinero para pagarme los daños.

—Haga lo que dice si quiere recuperar su carruaje, porque ya no tenemos dinero, se lo dimos todo. —Dijo Edward inmutable. El conductor, entonces accedió.

—Los caballos no. Tiene que sacarlos del círculo. —Dijo Alphonse. — ¡Aquí vamos! — Gritó mientras juntó las palmas de sus manos, para luego colocarlas encima del círculo. Luces azules comenzaron a salir por doquier, mientras el carruaje se reparaba por arte de magia.

El conductor del carruaje se quedó estupefacto al ver aquel extraño suceso, no podía pestañear, estaba frente un milagro, nunca lo olvidaría. — ¡Estupendo!, ¿dónde aprendieron esa magia?

—No es magia... es alquimia. Somos Alquimistas muy conocidos, a lo mejor ha escuchado hablar de los famosos hermanos Elric. —Dijo Edward sin ningún tipo de modestia.

—Claro, he escuchado de ustedes, uno de ustedes es un Alquimista Estatal: El Alquimista Fullmetal. —Edward asentía con su cabeza al escuchar estas palabras.

—Ahora entiendo por qué te llaman Fullmetal, es porque nunca te quitas esa enorme armadura de metal. —Dijo el conductor, dirigiéndose a Alphonse.

—Uy, señor creo q se ha equivocado..., el Alquimista Fullmetal es mi hermano. — Contestó Alphonse.

— ¿El enano? —El rostro de Edward cambió drásticamente, hasta tomar una expresión demoníaca.

— ¿A QUIEN LLAMAS TAMAÑO DE PULGA MICROSCOPICA? —Chilló Edward.

Alphonse tomó a su hermano rápidamente por la capucha y se lo llevo arrastrado corriendo a toda velocidad, para evitar que golpeará al chofer. — ¡Muchas Gracias o-san!

— ¡Suéltame Al, Sueltameee! ¡\$#%^*^@\$#!@\$#!.

Capítulo 2: El bar

Edward atravesó aquella puerta pequeña estilo tejana, Alphonse lo seguía a pocos pasos detrás. Había muchos rostros tristes, ebrios, felices, todos siendo contrastados por la fría e inmutable cara del cantinero, que se erguía detrás del mostrador con un delantal blanco y un lienzo en sus manos que giraba rápidamente en el interior de un vaso para limpiarlo.

—Buenas noches, señor cantinero. —saludó Edward al mismo tiempo que Alphonse. El cantinero los miró con cierto desprecio, sin tan siquiera pestañear. Luego hizo una muesca tosca con su sus labios.

—No puede traer niños al bar, señor. Eso está prohibido, y tampoco atendemos a enmascarados. —Dijo mientras le dirigía la vista a Alphonse.

—Parece que usted no sabe con quién está hablando señor. Nosotros tenemos una investigación aquí que debemos realizar. —Dijo Edward mientras sacó un reloj de su bolsillo. Lo tomó por el colgante y comenzó a girarlo lentamente con la intención de que el cantinero lo observara. El reloj era totalmente de plata, con el símbolo nacional de Amestris rodeado de un hexagrama.

— ¡Oh! —Exclamó el cantinero fascinado. — Un Alquimista estatal... aunque pensándolo bien, ¿qué me puede asegurar a mí que ese reloj no sea una falsificación? —Preguntó irónicamente.

—Puede que sea un niño, pero se cómo complacer a personas como usted, o-san. — Dijo Edward perspicazmente.

—Llene esa olla enorme que tiene ahí con agua, y tráigame un poco de levadura y azúcar. —El cantinero, un poco dudoso decidió jugar contra su sentido común y buscó lo que el niño le pedía. Trajo los materiales y los colocó encima de la barra.

—¿Estos asientos son de roble verdad? — Preguntó Edward con mucha naturalidad.

—de la mejor calidad. —Contestó el cantinero. Edward astilló un poco el asiento y tomó un poco de madera y la introdujo en la olla. Vertió en ella también el azúcar y la levadura.

—Al, ¿tienes el maíz que me compraste para el desayuno?

—Claro que si nii-san, aquí lo tengo. Tómallo —Dijo Alphonse mientras se sacó una mazorca de la armadura.

—Perfecto. —Dijo Edward mientras introducía el maíz a la mezcla. Unió las palmas de sus manos y tocó la olla, mientras una luz alumbó por unos instantes todo el bar. —Ya está, pruebe el contenido.

El cantinero incrédulo, extrajo un poco del líquido con un vaso. Se lo llevó a los labios y al entrar en contacto con aquél producto su piel se erizó y un sudor frío comenzó a bajar de su frente.

—Es el mejor Whiskey que he probado en mi vida. —Dijo tartamudeando.

—Nii-san, no es correcto que transmutes alcohol. —Le reprochó Alphonse.

—Descuida Al, solo quería hacer a nuestro amigo Feliz.

—No usaste círculo de transmutación, pequeño. Ya estoy totalmente seguro de por qué te aceptaron siendo tan sólo un crío en el ejército... —Exclamó con una cara de satisfacción el cantinero. Así que dime, ¿qué asuntos tiene Amestris con este pequeño poblado que te envía desde tan lejos?

—Buscamos a Víctor. —Exclamó Alphonse. El rostro del cantinero se heló, como si hubiese escuchado el nombre de un fantasma. Su cara se tornó pálida y su aparente alegría fue sustituida en cuestión de segundos por una seriedad sepulcral.

—Mejor váyanse de esta ciudad. No les conviene entrar en contacto con ese señor. —Dijo con una cara de pánico.

—Pero o-san. No podemos volver a Amestris con las manos vacías, es un asunto de estado. Si no nos lo dice usted, alguien más nos lo dirá. —Dijo Edward.

—Me apena enviar un niño a su muerte. Así que por favor, sigue mi consejo y vuelve a Central, diles que no encontraste nada. Pero si al contrario, quieres acabar tus días aquí, ve al norte, allá lejos del poblado hay una mansión sobre una pequeña colina, que parece abandonada, ahí puedes encontrar lo que buscas. Aunque recuerden, a veces lo que se busca no es siempre lo que nos conviene. —Hizo una pausa— ¡Vete de mí bar por favor! no quiero volver a escuchar ese nombre jamás en mi vida. —Exclamó con delirando como loco.

— ¡Pero Señor! —Quiso intervenir Alphonse.

—Al... Vámonos de aquí. —Agregó Edward cambiando la expresión de su rostro.

Los dos hermanos salieron lentamente del bar mientras todas las miradas estaban enfocadas en ellos, hasta que atravesaron la puerta y sus siluetas se perdieron en la niebla.

— ¡Esos niños!, no saben en que se han mentido. —Susurró el cantinero mientras bajaba tristemente su cabeza.

Capítulo 3: Mirada escarlata

Un día antes de lo ocurrido, el sol estaba muy brillante. Es común que luego de un cielo muy despejado ocurran lluvias, la gente de aquel pequeño poblado estaba labrando la tierra porque era una época idónea para sembrar. Un grupo de labradores almorzaba bajo la sombra de un árbol.

—Hace más de un mes que no ocurre un asesinato. —Comentó uno de los campesinos.

—Sí. Espero que el monstruo haya perecido o se haya ido lejos de aquí. Pocas personas nos están visitando a causa de eso. Pero ya pronto acabarán esos días oscuros. Esta ciudad será como el cielo que tenemos encima, limpio y brillante. — Respondió el otro.

— ¿Monstruo? —Dijo una voz que provenía de una persona que estaba tumbada en la tierra.

—Sí, como lo escucha señor. Usted tiene poco tiempo de haber llegado aquí, pero esta ciudad hace unos meses fue la antesala del infierno. Una criatura apareció y asesinó muchas personas. —Contestó el labrador.

— ¿Y qué ocurrió, por qué ya no aparece? —Preguntó de nuevo.

—El monstruo al parecer busca venganza, porque todas las personas que asesinó tienen algo en común, pero solo las autoridades lo saben y no lo quieren revelar. Aunque hay rumores de que la criatura nació en la mansión que se encuentra al norte de la ciudad.

—Me gustaría ir allí. —Dijo con voz gruesa.

—Señor, usted es buena persona. Nos ha ayudado a labrar la tierra toda la semana, sin ni siquiera conocernos, tan solo pidiendo a cambio comida y alojamiento. No debería inmiscuirse en cosas así. Lo mejor sería que termine los asuntos que vino a resolver y se marche de esta ciudad. Aunque esperamos que ese monstruo haya desaparecido.

—Mis asuntos aquí al parecer se acabarán pronto... —Dijo mientras extendía su mano derecha como si intentara acariciar el cielo. Tenía unas gafas de sol y su pelo era gris, como plata fina, estaba usando su chaleco amarillo como almohada.

—Wao, increíble tatuaje amigo. Parece de una región extranjera. —Exclamó el labrador al ver el brazo todo tatuado de sujeto. Este permaneció inmutable como si no estuviese escuchando.

Unas cuantas horas más tarde una fuerte lluvia comenzó a azotar contra el poblado. Los campesinos estaban felices pues eso significaba que los dioses auguraban una buena cosecha. El sujeto tatuado estaba en una posada junto con varios trabajadores cuando de pronto alguien abre la puerta bruscamente con el rostro cubierto de pánico.

— ¡El monstruo ha vuelto!, en el bosque... ¡Llevaba a una persona! — Muchos se asustaron y sentían escalofríos pero el sujeto del tatuaje hizo un gesto de ira y salió en dirección a la puerta.

—Por favor, amigo. Quédese aquí, estamos seguros. —Le dijo un labrador.

—Esta mañana me dijiste que terminara mis asuntos aquí. Eso es lo que haré. —Dijo justo antes de salir corriendo a toda marcha bajo la lluvia.

El sujeto tatuado corrió a toda marcha por los campos, acercándose lentamente al bosque. Podía observar luces que provenían de él. Al parecer la policía del pueblo estaba en persecución de aquella criatura.

Mientras más se internaba al bosque más cerca sentía que estaba de lograr su meta, cuando de pronto, una luz escarlata comenzó a brillar haciendo un ruido atroz. Estaba el sujeto tatuado a unos 10 metros de donde provenía la luz, esta era tan fuerte que parecía atravesar la oscuridad de la noche y resquebrajar el cielo. Aceleró el paso destruyendo árboles que milagrosamente se desintegraban con el solo toque de su mano derecha, como si todo lo que aquel sujeto tocase se volviera añicos.

Pudo llegar a la escena, pero parece que era tarde. Pudo vislumbrar una silueta de aproximadamente 2.5 metros que se alejaba del lugar dejando un destello rojo a una velocidad increíble. El sujeto tatuado iba a perseguirlo, pero algo lo detuvo: En el punto donde anteriormente había surgido la luz escarlata estaban unos ropajes en perfecta condición, esparcidos, como si la persona que los llevaba puesto hubiese sido tele transportado a otra dimensión, sin manchas de sangre ni nada.

Se acercó. Revisó el pantalón y encontró una cartera. Dentro había una identificación. Se quitó las gafas para poder leer, porque estaba muy oscuro.

—Arriba las manos. —La policía había llegado.

—Dese la vuelta lentamente. —Dijo el oficial

El hombre tatuado giró el rostro, y los oficiales palidecieron al ver esa figura: tenía una cicatriz enorme en forma de equis en la frente y sus ojos brillaban como un rubí, totalmente rojos.

— ¡Un—un Ishvalita!.... ¿qué hace un Ishvalita aquí?

—El sujeto tatuado tocó el agua del suelo y la desintegró formando una estela de vapor, que le permitió escabullirse y desaparecer.

— ¿Qué demonios?... aquí están pasando cosas muy extrañas — dijo el oficial.

—Señor, mire lo que encontramos. —dijo otro pasándole una identificación. —Parece que pertenecía a la víctima. —agregó

—William Frankenstein. Leyó mientras su rostro palidecía.

Capítulo 4: La mansión

Habían pasado aproximadamente 2 horas desde que los hermanos Elric abandonaron el bar. Siguiendo la dirección que les dijo el cantinero, se embarcaron hacia el norte, atravesando la espesura de la noche, atenuada ligeramente por unos pequeños faros que había entre las callejuelas.

Los caminos y rutas estaban desiertos, otorgándoles un cierto aire misterioso. Era difícil de comprender para los hermanos que a esa hora no se habían topado con ningún ser vivo, más que los perros callejeros que aprovechaban la ocasión para revisar los zafacones.

— ¡Nii-san! Está muy extraño esto. No hay nadie fuera —Dijo Alphonse.

—Ummm... sí Al. Además la reacción del cantinero era algo sospechosa, parece que aquí ocurrió algo hace poco. Pero hay que cumplir con la misión —guardó silencio por unos minutos mientras caminaba—. Creo que ya estamos llegando, mira esa colina, solo tiene una casa, ese sin duda debe ser el lugar. —Agregó Edward mientras señalaba al frente.

En esa colina solitaria se vislumbraba a lo lejos un árbol de cerezo muy grande y a su lado esa enorme mansión que emanaba cierto aire tétrico, como si estuviese embrujada. Luego de unos minutos ya estaban frente a la reja, donde pudieron observar el descuido en todo el terreno (hierbas crecidas, basura, falta de pintura en las rejas, etc.).

—Alphonse. Sé que no puedes notar esto, pero hay un olor muy raro en este lugar. Parece como si hubiese caído un rayo aquí. —Susurró Edward.

—Creo que tienes razón, Nii-san. Hay un círculo sin vegetación, parece que fue quemada. —Asintió Alphonse.

—No me había fijado. Es cierto, pero vamos. Ya tengo ganas de hablar con ese tal Víctor.

Los hermanos abrieron la puerta de la reja y mientras caminaban observaron el viejo árbol de cerezo. Tenía unas hojas magníficas y una fachada increíble. Esto les agradó pues les recordó un árbol que tenían en su jardín, en el cual cuando estaban más pequeños, improvisaron un columpio donde pasaron muchas horas de felicidad.

A pocos pasos llegaron hasta la puerta de la mansión. Era antigua, de roble, con una enorme aldaba con el rostro de un león. Edward golpeó para llamar. Unos pasos sordos se acercaron a la puerta y lentamente esta se abrió mientras emitía un chillido estruendoso ocasionado por la falta de lubricación. Un rostro lleno de arrugas iluminado por una bombilla eléctrica se presentó ante ellos.

—Buenas noches. —Dijo el anciano mientras los miraba de reojo— ¿Qué busca un niño a esta hora de la noche? ¿No saben lo peligroso que es andar por estos terrenos?

—Somos los Hermanos Elric, venimos de parte del Führer desde central. Es un placer señor Víctor. —Dijo Alphonse con mucha cortesía.

—No soy Víctor, tan solo soy su mayordomo. Veo que es cierto lo que el amo me decía, que pronto el ejército vendría en persona, porque ya han sido varias las cartas que nos han enviado y él no da una respuesta.

—No sean tímidos, vengan entren, hace mucho frío —iba diciendo el anciano— la verdad es muy extraño que un niño pertenezca al ejército, ¿o acaso es tu hijo? —dijo mientras se dirigía a Alphonse.

—¡No soy su hijo!, soy un Alquimista Estatal —Edward sacó su reloj que lo identificaba— El Alquimista Fullmetal. —Dijo mientras ponía cara de pocos amigos.

—Ohhhh... Alquimistas... creo que en ese caso se podrían llevar bien con mi amo. Los llevaré a su despacho. Aunque, ¿saben?, estos son tiempos muy difíciles para él.

El anciano acompañó a los jóvenes hacia una escalinata, hasta acercarse a una puerta hermosa con motivos de vitral, una maravilla hecha a mano.

— ¿Saben? —decía el mayordomo— En cierto modo, por un momento recordé cuando el amo Víctor era joven como usted. Tenía el mismo brillo en sus ojos, pero luego de todo lo que ha ocurrido su llama se ha apagado. Es triste que ya no exista marcha atrás. Es grato conocer personas como ustedes, mi nombre es Marcus, los dejaré que charlen a solas. Déjenme anunciarlos primero.

El mayordomo entró primero a la habitación, luego de unos minutos salió.

—Pasen, mi amo les espera.

Capítulo 5: Confesión

Los hermanos entraron al despacho de Víctor. Había muchos artilugios eléctricos que emitían todo tipo de chispas. Tubos de ensayo, lámparas, documentos tirados por el piso, en fin, un total desorden, pero que a su vez no dejaba de ser hermoso, pues evocaba la brillantez de aquel sujeto que los esperaba sentado en un sillón.

—Así que los famosos hermanos Elric vienen a visitarme. Parece que King Bradley no acepta un no como respuesta — dijo Víctor.

Era un sujeto de voz potente, con pelo negro, sin bigote ni barba, vestido de manera muy formal. Sus ojos reflejaban una tristeza inmensa, como la que transmite alguien que lo ha perdido todo.

—Me llamo Víctor. Víctor Frankenstein. Creo que somos colegas de oficio, siéntanse como en casa y tomen asiento —les invitaba mientras hacía un ademán con su mano indicándoles la posición de las sillas—. Tienen suerte de que me hayan encontrado aquí, la verdad es que estaba por resolver unos asuntos.

—Al parecer ha escuchado sobre nosotros. Yo soy Edward Elric, el Alquimista Fullmetal, este es mi hermano menor Alphonse.

—Hola Frankenstein-San. —Alphonse saludó.

—Curioso, tu hermano menor es muchísimo más enorme que tú. —Una expresión de enojo se dibujó en la cara de Edward al escuchar esto.

—Hay una explicación para eso —decía Alphonse mientras se retiraba el casco de la armadura, dejando a la vista su interior.

— ¿¡No hay nada!? Ya veo. Creo que nos parecemos mucho más de lo que pensaba. Ustedes han violado el tabú. —hizo un breve silencio — Tan jóvenes y ya han visto al infierno. Y no solo eso, sino que se vuelven perros del ejercito...

—Se equivoca señor, solo yo soy Alquimista estatal. Acepté convertirme en un perro del ejército por las facilidades de investigación que nos dan. Nosotros queremos recuperar lo que hemos perdido —Edward se quitó el guante derecho y puso al descubierto su mano metálica, se dio unos golpes en el la pierna izquierda y se escuchó el choque de metal con metal.

—Wao, estás todo remendado de automails. Ya comprendo por qué tu título de Fullmetal.

—Esa es una de las razones por la cual hemos venido de muy lejos. Además del encargo de King Bradley, queremos hacerle unas preguntas personales que nos ayuden en nuestra investigación. —dijo Alphonse.

—El Fuhrer me ha enviado varias cartas diciéndome que me necesitan en central. Al parecer los rumores llegaron hasta allá. —dijo Víctor.

—Hay problemas en central. —Gruñó Edward— Apareció una persona que ha asesinado a varios Alquimistas Estatales. Usted sabe que los Alquimistas son la principal arma que tiene el ejército de Amestris. Un Ishvalita con una cicatriz en la frente es el autor de los asesinatos. Incluso yo estoy bajo peligro. —Víctor escuchaba atentamente a Edward.

—King Bradley lo necesita, de hecho hasta ya lo nombró Alquimista Estatal. Aquí le envié conmigo su certificado y su reloj de plata. —Dijo Edward mientras colocaba un paquete encima del escritorio.

—Con que Ishval eh? —Suspiró Víctor. —De verdad no culpo a ningún Ishvalita si quiere buscar venganza. Las cosas que se hicieron allí no tienen justificación. Fue una masacre. —agregó mientras abría el paquete y extraía el certificado.

—Curioso... Alquimista Prometeo. Al parecer el rumor sí llegó a Central. Solo que ellos no saben la historia completa. —dijo en tono serio.

— ¿Prometeo? —Preguntó Edward— generalmente el Furher elige el nombre que represente alguna habilidad de tu alquimia... que extraño.

—Al parecer no conoces la historia de Prometeo... —contestó Víctor— Cuenta la leyenda que Prometeo era un titán que robó algo que era exclusivo de los dioses: El fuego. —comenzó a relatar— Pero no lo robó para él, se lo entregó a los humanos.

—Sí, ya recuerdo esa historia. —chilló Edward— Pero, ¿Qué relación tiene con usted?

Víctor guardó silencio un momento, pensó si debía contarles todo a los hermanos o inventar una mentira. Pero el deseo de que esos chicos no siguieran sus pasos lo motivó a decirles la verdad. Chocó las palmas de sus manos y tocando el certificado de Alquimista, lo convirtió en un pequeño lápiz.

— ¡No utilizó un círculo! —Exclamó Alphonse — ¡Usted abrió la puerta!

—No solo eso, joven. Al abrir la puerta robé por un instante algo de los dioses... “Dar vida”, pero después de eso todo ha sido un infierno. —dijo cabizbajo.

— ¡Dar vida! ¿Cómo lo hizo?, ¿acaso tiene la piedra filosofal? —preguntaron algo ansiosos ambos.

—La piedra Filosofal... el camino para conseguir ese objeto está manchado de sangre. Olvídense de ella.

— ¡Es que tuvo que usarla! —Dijo Alphonse—. No veo ningún rastro de la tarifa en su cuerpo. Del otro lado de la puerta hay que pagar la tarifa, te quitan algo... es el intercambio equivalente, la puerta de la verdad es muy injusta.

—Te aseguro que aunque me veas con todo mi cuerpo saludable, lo que vi en la puerta no ha sido gratis. La tarifa que pagué aun hasta ayer me estaba cobrando factura. — Afirmó Víctor. —Mi hermano murió anoche y tengo culpa de ello...

—Tiene que ayudarnos Víctor, díganos como conseguir la piedra. —Le rogó Edward.

—Creé un monstruo, no deberían seguir con su investigación. Huyan de esta ciudad... huyan de Amestris...

—Por favor. Nosotros solo queríamos volver a abrazar a nuestra madre otra vez. ¡No es justo que se nos haya arrebatado tanto sin recibir nada a cambio! —Alphonse insistió.

—Es lo mismo que quería. En ustedes veo mi pasado, cuando era joven. No quiero que sufran. —Hizo silencio un buen rato— Pero me han convencido. Pasen la noche aquí, mañana a primera hora les diré todos mis secretos. La verdad estoy de duelo hoy y ya no quiero hablar. Solo quiero tomarme unos tragos de licor y recordar a mi querido hermano. —Hizo otra pausa— ¡Marcus! Lleve a los jóvenes a la habitación para huéspedes.

El Mayordomo vino rápidamente y acompañó a los jóvenes a su habitación. Estos dejaron el despacho de Víctor sin rechistar una palabra porque entendían lo que es perder a alguien importante.

Ya estando solo, Víctor abrió una gaveta y sacó un revólver. Lo acarició y después de observarlo un rato lo volvió a colocar en su lugar.

—Parece que no tengo valor para hacerlo de esta manera. —suspiró para luego observar con curiosidad el hermoso reloj de plata que Edward le había entregado.

Tomó unas cuantas hojas de papel y se puso a escribir con mucha amargura.

Capítulo 6: El ataque.

El sujeto del tatuaje Había durado todo el día inmerso en el bosque persiguiendo rastros de la bestia, pero le era imposible encontrarla. Era como un fantasma. Volvió al poblado y se puso en contacto con los labradores que había trabajado. Con ellos averiguó quien era el que había sido asesinado.

—El Hermano de Víctor. Eso le pasa por hacer un pacto con el diablo. Todos los de su familia han perecido. —le dijo el labrador.

—Me gustaría encontrar a ese tal Víctor. —Imploró el hombre tatuado.

—La mansión de Víctor está al norte, pero tenga cuidado. Trate de no ir, todo el que entra en contacto con aquel señor es asesinado por el monstruo que el mismo creó. Fíjese que hasta al mismísimo hermano de su creador asesinó sin compasión.

—Hoy esa persona pagará por sus pecados. —Respondió el hombre tatuado con una expresión de odio en su rostro.

Sin tomar en cuenta la advertencia tomó rumbo hacia la mansión que se elevaba al norte. La noche era oscura, pero sus deseos de erradicar el mal del mundo eran más poderosos que cualquier obstáculo que encontrara.

Se acercó lentamente a la verja cuando de pronto una sombra apareció detrás de él.

—Ma...tar, pro...te...ger... Víc... tor —Balbuceaba repetidas veces.

El tatuado quedó estupefacto al ver aquel monstruo horroroso. Las extremidades de su cuerpo parecían estar cocidas con gruesos hilos, sus ojos grises sin vida destellaban truenos y en su pecho sobresalía un orbe rojo, perfectamente circular.

—¡Ma...tar...!—Gritó mientras truenos escarlatas salieron de todas partes. Y en menos de un milisegundo estaba frente al tatuado propinándole un puñetazo con su enorme mano que lo dejó sin aliento.

—Ishvala... creo que no podré cumplir con mi tarea. —dijo mientras se revolcaba en el piso sintiendo todo entumecido.

La criatura se acercaba lentamente, con la intención de ultimar el tatuado con otro de sus golpes pero justo antes de hacer contacto con él, un grito fuerte rasgó el silencio de la noche. Un grito como de una persona siendo torturada. La expresión del monstruo cambió y salió corriendo en busca del origen del grito, como si reconociera esa voz.

El tipo tatuado tardó unos segundos en recuperar la movilidad, y extrañado fue en busca de ese sonido también. Sus pasos hallaron al autor del sonido muy pronto, encadenado encima de un hermoso árbol de cerezo estaba Víctor. Las cadenas tenían rastros de haber sido generadas con alquimia. El tipo tatuado observó que una especie de lanza de plata atravesaba el tórax de aquel triste hombre. La tierra estaba tragando lentamente la sangre que destilaba. Había perdido mucha.

—El ishvalita —musitó débilmente Víctor al ver el brillo escarlata en los ojos del tatuado y su enorme cicatriz.

—¿Eres tú Víctor ? —Preguntó el Tatuado.

—Sí. Perdóname por hacer yo mismo, el trabajo que tenías que hacer tú. Pero ya no soporto esta vida.

El tatuado observó que al pie del árbol, el monstruo estaba llorando desconsoladamente sin prestar atención a nada más.

—Discúlpame... —balbuceaba Víctor, mirando con tristeza a la bestia— nunca quise crearte.

Dicho esto Víctor torpemente chocó las palmas de sus manos y tocó de nuevo la lanza de plata que lo atravesaba.

—Solo quiero morir dándole honor al nombre que me fue otorgado. Ishvalita... te suplico que no ataques a los niños hoy.

—¿Niños? —Preguntó el tatuado. Pero no recibió más respuesta que una sonrisa por parte de aquel triste hombre.

El instrumento punzante emitió un brillo azul y con varios giros internos comenzó a destrozarse el hígado del desdichado Víctor. Este después de varias muecas y gritos de dolor, al final, terminó su último aliento con una sonrisa de paz en su rostro mientras caían a tierra las últimas gotas de sangre que le quedaban. Y finalmente murió.

El monstruo lanzó un grito que se escuchó en toda la ciudad. Un trueno rojo calló sobre él en ese instante. Su dolor era increíble. No dejaba de gritar.

—Mo...rir... Mo...rir... —Balbuceó luego de un rato mientras bajaba la cabeza.

—Ishvala, acepta esta alma perdida que al menos tuvo valor de eximir el mismo su pecado. También acepta el alma de este monstruo que no tuvo culpa de ser creado. Ambos irán hacia ti esta noche. —Dijo mientras sacaba de su chaleco sus gafas de sol y se las colocaba. Se acercó al monstruo y puso su mano en el orbe rojo que sobresalía de su pecho.

—¡Ishvala, siega las almas de este mundo y purifícalo con tu luz!

Capítulo 7: ¡oh Ishvala, perdónales!

Minutos antes, los hermanos estaban platicando en la habitación. Había pasado un largo rato desde que Víctor se había reunido con ellos, pero ellos aún no tenían ganas de dormir. Muchas ideas estaban vagando por sus mentes, pues se sentían cerca de encontrar aquello que buscaban.

Pero su calmada plática fue interrumpida por ese grito molesto y ensordecedor.

—Nii-san —exclamó Alphonse.

—Vamos allá. —Edward —agregó.

Se acercaron a la ventana y vieron las dos siluetas debajo del árbol de cerezo. Edward pudo reconocer esa vestimenta a lo lejos —Scar... —masculló con ira.

Los hermanos salieron de un salto por la ventana, corriendo a toda marcha. Acercándose poco a poco al tronco de aquel hermoso árbol. Un brillo color azul con

varios relámpagos comenzó a destellar cuando estaban a punto de llegar al lugar: era la alquimia de descomposición de Scar.

Alphonse y Edward quedaron atónitos al ver esa criatura tan monstruosa que el sujeto del tatuaje estaba ultimando. El grotesco ser calló de rodillas, para luego sucumbir hacia el lado derecho, con el mismo ímpetu que cae un árbol centenario al ser talado, emitiendo un sonido tosco contra la tierra.

El sujeto tatuado se percató de la llegada de dos nuevos integrantes a la escena, mirándolos con cierto desprecio, pero comprendiendo la solicitud de Víctor antes de morir.

—Scar, maldito. ¿Qué diablos buscas aquí? —Gritó Edward con furia—No te puedo perdonar lo que hiciste con Nina. ¡Prepárate!

—Edward Elric... No, Alquimista Fullmetal. Mis asuntos en este pueblo han llegado a su fin. Dijo mientras dirigía la mirada al árbol de cerezo, como indicándole a los hermanos que miraran hacia allá.

—Dale gracias a esa persona que hoy no sea el día en que acabe contigo y purifique tu alma.

—¿Esa persona? ¿A qué te refieres? —preguntó. Hallando la respuesta cuando su mirada se encontró con aquel escenario grotesco y macabro del cuerpo de Víctor encadenado. Pensando que el tatuado era el autor de esto, su ira estalló.

—¡¡¡MALDITO!!!! —exclamó mientras juntaba sus manos y transmutaba su automail en una espada con la cual se disponía a abalanzarse contra Scar.

—Nii-san —gritó Alphonse deteniendo el ataque de Ed, atrapando su mano. —Él no lo hizo. Mira la lanza que atraviesa su abdomen.

Edward observó y efectivamente, la lanza tenía restos de alquimia, incluso la cadenilla del reloj de plata estaba colgando de dicha arma: Víctor se había suicidado convirtiendo el símbolo de Alquimista Nacional en una lanza que acabó con su vida.

En un cerrar de ojos, el sujeto tatuado desapareció huyendo a toda velocidad. Los hermanos no se molestaron en perseguirle, de igual forma estaban en desventaja contra ese poder desconocido de Scar.

— ¿Qué hacemos Nii-san?

—Creo que debemos avisarle a Marcus. Aun no comprendo que motivó a Víctor a hacer esto. —Respondió Edward.

Volvieron a la casa para buscar al mayordomo. Fue un momento triste porque él lo había cuidado desde niño, pero sabía que tarde o temprano eso pasaría. Bajaron el cuerpo del árbol e hicieron dos fosas a la sombra del cerezo, en una sepultaron a Víctor y en la otra al monstruo.

Al día siguiente, los hermanos se marchaban tristes con más preguntas de las que trajeron. Sentían que su investigación tardaría en dar frutos, pero esto no los detendría, pues tenían una increíble fuerza de voluntad.

La mañana estaba hermosa, varias avecillas se posaban a cantar en las ramas de aquel magnifico cerezo. Los hermanos estaban frente a las tumbas dándole un último adiós. El mayordomo se acercó a ellos.

—El amo les dejó una carta. Tal parece que fue su última voluntad. —una lágrima recorrió su mejilla mientras le entregaba el sobre a Edward. Este lo tomó y junto a Alphonse se inclinaron un poco en señal de reverencia para luego partir.

Capítulo 8: La Carta

Queridos Hermanos Elric,

No saben lo triste que me siento al hacerlos parte de esto. Pero ya era inevitable. Quiero por lo menos cumplir mi promesa de explicarles todo lo que me ocurrió. Que ustedes conozcan mi triste historia.

Al igual que ustedes yo fui niño y tenía muchos sueños y fantasías, pero a muy temprana edad conocí algo que destruyó todas mis ilusiones: La muerte. Mi madre cayó enferma de un terrible mal que apagó su vida en muy poco tiempo.

Como comprenderán, mi obsesión se parecía mucho a la de ustedes, un niño pequeño solo quiere el calor de su madre y sentirla cerca. Perderla a esa temprana edad hizo que me confinara en la tristeza, con la sola esperanza de encontrar algún método que trajera a mi madre de vuelta. Tomé varios libros viejos que había en el sótano, que pertenecían a mi abuelo y empecé a estudiar alquimia, teniendo como norte encontrar la forma de traer los muertos a la vida.

El conocimiento de muchos maestros tomó asilo en mi cabeza, y durante mucho tiempo busqué esa piedra que ustedes tanto anhelan, pero al enterarme del proceso de fabricación de la misma desistí.

Ya con pocas alternativas y abandonado a la resignación un milagro ocurrió: el cerezo que estaba plantado en mi jardín, hacía muchos años que había muerto, pero luego de que un rayo le acertara una noche, este milagrosamente volvió a retoñar. Así que enfoqué mi alquimia en la transmutación de la electricidad.

Fueron largos años de estudios, cuando por fin mis investigaciones daban frutos, así que tomé la valía de pagarle a un transeúnte para que robara unos cadáveres frescos del cementerio e ir experimentando si mi teoría era cierta y podría darle vida a base de la alquimia del trueno a algún material orgánico.

Confeccione el monstruo con las partes diseccionadas de los cadáveres, que yo mismo corté con una sierra. Tuve que soportar el hedor, con la convicción de que este sacrificio me llevaría en un futuro a traer a mi querida madre a mis brazos.

Así que esa noche preparé en la azotea de la mansión, los círculos de transmutación humana que contenían unos viejos manuscritos y puse el cadáver en el medio agregando un poco de mi propia sangre encima. Eran las 12 de la noche y el cielo estaba muy nublado, lo que me permitiría aprovechar al máximo la alquimia eléctrica que había desarrollado. Varios truenos caían mientras yo activaba el círculo de

transmutación. Todo iba a la perfección, el cuerpo incluso se estaba comenzando a mover, pero ocurrió algo que no estaba en ningún libro de los que había estudiado.

Una inestabilidad inmensa comenzó a afectar el efecto de la transmutación y luces de color morado comenzaron a salir. Súbitamente en medio del círculo apareció un ojo gigantesco con una pupila totalmente gris que me absorbió por completo utilizando miles de tentáculos negros en forma de manos que me halaban hacia él. En ese momento sentí como mi cuerpo se descomponía y se recomponía en otro lugar y aparecí en una sala blanca con una enorme puerta, que tenía inscripciones extrañas en un idioma que no conocía. Un ser de mi estatura, pero sin rostro me tomó de la mano y me dijo que me mostraría algo dentro de esa puerta. Yo le seguí, y de un momento a otro toda la información sobre el mundo, sobre la alquimia, sobre los secretos, comenzó a grabarse en mi cerebro. Absolutamente todo, esa era la verdad, el conocimiento más puro.

“Ya es suficiente” me dijo aquel ser, interrumpiendo mi admiración. “Tomaré algo como pago por todo lo que te mostré, pero no lo notarás en este momento” decía mientras jugaba con un orbe rojo y una sonrisa maléfica apareció en su cara que hasta ese momento no tenía facciones ni ojos.

Luego de unos instantes mi cuerpo se descompuso y se recompuso de nuevo, apareciendo en la azotea de nuevo. Para mi admiración el monstruo estaba comenzando a moverse. Pero noté algo extraño: en su pecho tenía el orbe que el sujeto de la puerta estaba sosteniendo.

Mi esposa subió a la azotea, preocupada por mí y al ver al monstruo palideció. El orbe del pecho en la criatura comenzó a emitir brillo y apareció el mismo ojo gris en versión pequeña sobre su pecho. Salieron una especie de tentáculos negros que tomaron a mi esposa. Yo intenté arrebatarla, pero en un instante su cuerpo comenzó a desintegrarse y solo su vestimenta cayó al suelo.

Sentí una ira y tristeza increíble, y a pesar de que el monstruo me decía “padre, padre” lo odié y lo atacé sin poder hacerle ni un rasguño. Este escapó de mi presencia y se mantenía siempre merodeando cerca de la mansión.

Poco a poco comencé a descubrir cosas, como que ya podía transmutar sin círculo de transmutación y comprendí cual había sido la tarifa que la puerta de la verdad se cobró conmigo: era mi familia y amigos. Desaparecieron en las mismas circunstancias en las que vi que se esfumó mi mujer. Mis primos, mis amigos, mi padre, mis tíos. Todos uno a uno fueron engullidos por el monstruo. Mi vida era un asco, no tenía ganas de seguir existiendo. Jamás volví a salir de mi mansión, pues en el pueblo fui odiado al crear esa bestia. Que también asesinaba a todo aquel que intentaba entrar a mi propiedad. Eso lo observé cuando una noche un grupo de oficiales y ciudadanos tenían una turba frente a mi reja y venían en plan de asesinarme. Pero la bestia los disolvió a todos juntos en un santiamén.

Según los reportes el monstruo no atacaba de día y mucho menos a las personas que estaban dentro de una casa, solo atacaba si estaba afuera, con el cielo encima, ya que utilizaba un trueno para poder activar la apertura del orbe. Esto me ayudó a proteger al mayordomo y a mi hermano menor William.

Pero con el tiempo ni hermano estaba aburrido, sin poder salir a ningún sitio, se sentía encarcelado y comenzó a detestar esa vida, así que ideó un plan y se fue a vivir a otra ciudad. Esto hizo que los rumores sobre mí y el supuesto poder de crear vida que obtuve se esparcieran por toda la región, lo que provocaba que muchas personas vinieran a visitarme, pero lamentablemente todo el que entraba en esta casa adquiría mi olor y el monstruo los perseguía para acabar con ellos. Me convertí poco a poco en el demonio de estas tierras, sin quererlo.

Pasaron meses en los cuales se dejaron de registrar muertes, el pueblo entró en paz. Pensé que quizá la energía del monstruo se había agotado y estaba muerto en algún sitio. Pero la realidad fue otra: La criatura salió en busca de mi hermano. Lo perseguía de ciudad en ciudad. Esto obligó a mi hermano a querer regresarse conmigo, así que me envió una carta de que ayer llegaría aquí para quedarse.

Hace poco me enteré de que encontraron las ropas de mi hermano y su identificación anoche. El monstruo lo había alcanzado. Esa fue la gota que derramó el vaso de mis

penas. Sin mi madre, esposa, amigos y hermano no encontraba sentido de estar un segundo más en este triste mundo.

¿De qué sirve estar vivo si no puedes amar a nadie ni compartir con nadie?. No sirve tener todo el conocimiento alquímico del mundo, si te es arrebatado lo único que te hace conseguir la felicidad. Por eso, esta misma noche me disponía a recargar la recámara de mi revolver para acabar con mi vida. Pero no tuve valor, nunca me gustaron las armas, desde el incidente de Ishval.

En ese momento llegaron ustedes, y volví a recordar mi juventud, mis sueños y los objetivos que no cumplí. Quisiera ayudarles a recuperar lo que perdieron, porque para mí ya es tarde. Así que por favor les pido que no busquen esa piedra, el camino que lleva a ella está manchado de sangre, busquen otro método, otro camino. Sé que lo encontrarán.

Voy a morir, haciendo honor al nombre que me trajeron desde central, y espero que con mi ausencia el monstruo desaparezca. Pues ya no tendrá razones para matar a nadie y poco a poco perderá su energía.

Gracias a ustedes por ayudarme a abandonar una muerte cobarde a manos de un arma y aceptar una muerte gloriosa, digna de un mortal que les robó a los Dioses el poder de dar vida...

Cito: "Zeus se vengó de Prometeo, por haber robado el fuego a los dioses e hizo que lo llevaran a un monte, donde fue encadenado, para luego enviar un Águila que le comiera el hígado a Prometeo. Siendo éste inmortal, su hígado se regeneraba cada noche, y el águila volvía a comérselo cada día. Este castigo duraría para siempre, pero, un héroe pasó por el lugar de cautiverio y disparando una flecha de plata al águila lo liberó de su condena."

Suyo siempre

Víctor Frankenstein.

P.D.: Gracias a ustedes, por disparar la flecha.

Capítulo 9: El tren

Edward dobló la carta mientras se recostaba en el asiento de aquel modesto tren. —Me siento mal por Víctor. Al final, él buscaba felicidad para volver a ver a su madre y solo recibió tristeza y desesperación.

—Si Nii-san. —Respondió Alphonse— Jugar a ser Dios tiene un precio muy alto.

—Pero no te desanimes Al... Recuperaré tu cuerpo.

—Y yo tu brazo y tu pierna. —Respondió Al con entusiasmo

—Creo que podemos hacer una parada en Resembool antes de llegar a Central.

—Sí. Creo que es la primera vez que visitaré a Winry sin que mi automail esté deshecho. Ja ja ja —Rió Edward.

—Aquí les traigo su desayuno, Jóvenes. —se presentó frente a ellos el camarero del tren, con una bandeja cubierta. Edward quitó la tapa.

—Yo no tomo leche. —Puso cara de asco al observar la botella que había en el recipiente, adornada de varias barras de pan a su lado.

—La leche es muy saludable. Venga, tómese la que eso le ayudará a crecer. —Dijo el camarero observando la estatura de Edward.

— ¡A quien llamas tamaño de frijol ¡@#\$\$\$^#@\$%^&! —Exclamó

—Cálmate. Nii-san —decía Alphonse mientras lo agarraba para que no golpeará al camarero.

El tren seguía su camino, atravesando las colinas verdes y frescas. Exhalando bocanadas de humo que dibujaban una trazo que se extendía al igual que el rastro de un pincel en un lienzo blanco, y este lienzo no era otro que el de su aventura, la cual apenas acababa de empezar.

FIN